

ZONA franca

Aurelio Núñez

*Que no son seres humanos, sino recursos humanos.
Que no tienen cara, sino brazos.
Que no tienen nombre, sino número.*

Eduardo Galeano



Los francos, paralelos en la multitud. Son alimentados robóticamente, granjas de acero en oxidación perpetua amamanta sus dedos. Mamíferos sin pelo, escamosos y desgarrados parpados. Son zapatos que cargan brazos. Son abismos que cargan sueños. Su contorno es una espalda, masa ósea soldada al hierro. Son botones, palancas, fragmentos plásticos de tejidos vivos. Son vapor, sudor y miedo. Al nacer se les extirpan los ojos, oídos y boca, para que no exista el riesgo que corran, vuelen o vivan.

De apariencia tranquila, cual bestia amaestrada. Regresan sumisos y en fila a sus agujeros de tierra cada mañana. Sus nidos, carcomidos ecos de polvo en toque de queda, son enjambres del duelo.

Muñecos sin cuerda, rozan el quejumbre alumbrado de la noche infinita en sus blindados cielos. Su marcha arrastra pesados rastros. El canto, murmullos grises en estampida, semeja un entierro. A las cinco de la tarde, en unísono acto marchan en cincel de reloj sin tiempo.

Una hoja de viento con filos de invierno roza sus sombras; el maremoto de los Francos, sapiens sin rostro, atesta las calles. Aglomeraciones luctuosas carcomen la acera con zapatos rotos. Su coreografía tiritita sonámbula sin destino fijo. Se ven, y la cuenca vacía discurre esporas de un día infinito. El gesto de los inactivos cuerpos transmite silencio. Son apilados uno a uno en las bodegas rodantes. Los Francos autómatas de la modernidad, momias de una absurda e inexistente urbe. ■

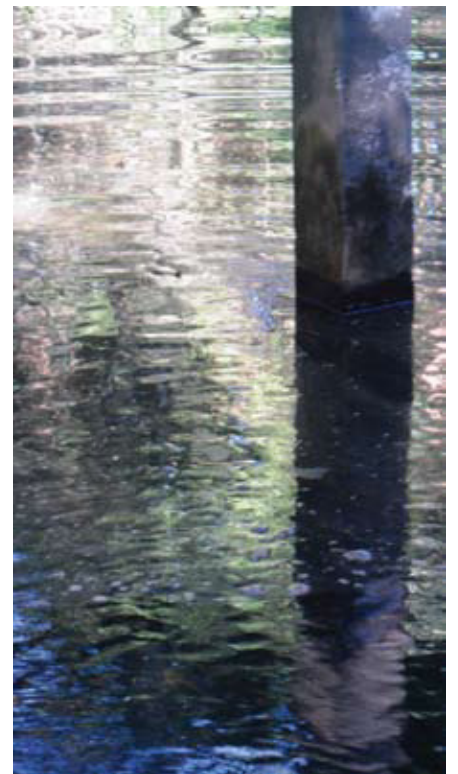
DIVAGANDO CON EL MAR

ELIECER MENESES

El mar me traía un inmenso olor a ciudades. Pueblos donde la gente habla y viste diferente. Donde los pescadores se adentran en una maraña de aguas turbulentas atestadas de peces tras la caída de la tarde. Donde las bahías esperan ansiosas los primeros rayos solares repletas por barcos de papel y mareas rojas bañadas de cangrejos recién nacidos. Donde se inspiran los bohemios y le cantan a una musa invisible y el pintor inmortaliza el tiempo, las horas, los días y la vida misma.

Las olas parecían postales coloridas rodando desde muy lejos. Espejos tornasoles que se enrollaban y desenrollaban en las canas del viento. El océano se perdía frente a mí en las alas de las garzas fluorescentes que volaban al encuentro de la noche. En el cielo se mezclaban los colores y las nubes se vestían para un pintoresco y alegre carnaval nocturno con sabor a palo de mayo. El golpe del agua sobre las desgastadas rocas me recordaba el sonido de las marimbas. Los violines de la noche florecían en un *la mayor*. La playa se vestía de enfermera seducida por las primeras velas que se despertaban en el firmamento; y yo recostado sobre la espalda de un grano de sal podía escuchar al viento arrancando remolinos en la tierra, golpeando la peineta de los cocos, agitándolas, inventando un zumbido, tarareando la canción de las abejas.

A lo lejos se acaloraba una fogata, y en derredor, sombras bailaban una mazurca al son de una guitarra sin cuerdas. Yo permanecía recostado, agudizando mis sentidos en función de las olas, los barcos y el viento. Una estrella fugaz se desmalló hacia el norte sugiriéndome el camino que debía seguir. Un silbato partió el silencio de la noche y a su canto un barco zarpó repleto de sueños y desilusiones e imaginé que se encontraría al otro lado del mundo



con las mismas cosas.

Supuse que el sueño del capitán era estar frente al timón y desafiar a un gigante hidrocefálico, y el de sus tripulantes, descubrir el mundo aferrados a vivir como las hojas del palo de hule siempre verdes y lustrosas.

Por un instante recordé las calles de la urbe Managua, repletas de vendedores ambulantes y niños pálidos rellenos

de lombrices. Creí estar a orillas del lago Xolotlán saboreando con los labios la brisa agridulce que me traía el viento. Vi la libertad de mis brazos como alas que se abrían a ambos lados de mis hombros y sentí por primera vez el sabor que tiene un vaso con aire una vez que llega a los pulmones.

Por lapsos de segundos me vi dentro de la embarcación que zigzagueaba entre las mansas bandas del océano. Por arte de magia, este gran tiburón marino sufría metamorfosis repentina cada vez que se alejaba de tierra firme. Sobre mi espalda colgaba una mochila y dentro de ella mi país, y un sueño que desempolvaría una vez llegar al muelle que me esperaba. En mi corazón se escribía una historia con errores ortográficos y gramaticales, sin fundamento de inicio ni momento cumbre; por eso no me atrevía a poner firma y escribir un final.

Dejé que el tiempo me envolviera entre sus pliegues y me enseñara el sentido de la vida. Comencé a sentir nostalgia por la arena, las calles, los vendedores ambulantes, mi bandera sangre azul y blanco, mi cultura y mi tradición, e imaginé que un pergamino se desenrollaba sobre el agua y yo caminando de regreso hacia la orilla, al génesis de todo mi existir.



Yo aún permanezco recostado, pero me veo de regreso afirmando cada paso como los elefantes. Pude ver los ademanes de mi sombra moviéndose como marioneta que manipula un aprendiz.

La noche se fue en un relámpago. Repentinamente el sol se fue por completo mis pupilas. Debajo del cielo iban y venían aves migratorias. Oía su aletear en direcciones que se interceptaban. Me levanté de la arena. Las olas se daban el primer chapuzón para emancipar el calor. Me puse las gafas oscuras y me alegré de haber zarpado imaginariamente en un barco, cabalgado sobre una noche que colgaba de mis neuronas.

Me complací de haber desembarcado nuevamente sobre el mismo suelo, y bajo este mismo cielo, que abrió sus entrañas al momento de parirme. *ESTE ES MI BARCO, NICARAGUA.* Me adentro en la ciudad. Me pierdo en el smock de los autos y el bullicio de la gente. Cargo mi mochila alimentando un sueño. Sonríe y pienso en un final para esta historia. ■